

Testimonio de Raúl Oscar Rodríguez



Fecha de nacimiento: 20/11/68

Estado civil: Casado

Hijos: 3

Lugar de nacimiento: Ensenada.

Jerarquía: Oficial Inspector

Síntesis del hecho: Cuando realizaba servicio de Policía Adicional en el cementerio de Almirante Brown se tiroteó con dos delincuentes.

Lesiones: Extirpación de bazo, riñón, páncreas y parte del colon..

Yo pensé “Si hay un Dios, me tengo que salvar”.

Le dije a mi viejo

“Lo único que quiero, es que me cuides a los pibes”.

*“Hay que tener cuenta a la persona
que está dentro del uniforme”*

Raúl Oscar Rodríguez vive actualmente con Dolly, su esposa, y tres hijos: Jonathan, Matías y Emanuel, en Ensenada, ciudad próxima a La Plata en la que nació hace 33 años, y luego creció junto a Celestina y Rubén, sus padres.

Mis viejos viven a una cuadra y media de mi casa y nos vemos a diario. Con mis hermanos, Ariel y Silvia, no éramos muy traviesos de chicos. Nos peleábamos, claro, porque ¿qué hermano no se pelea?. Pero vivimos una infancia distinta, sana. Teníamos a mi mamá todo el tiempo con nosotros. Ella no trabajaba fuera de casa y en esa época se podía porque la plata que ganaba mi papá en Astilleros Río Santiago alcanzaba bien.

Yo hice toda la escuela primaria en la Escuela número 3 y luego la secundaria en la ENET número 1, las dos de Ensenada... La secundaria la hice hasta tercer año y después me pasé a la noche. Tuve unas épocas en las que dejé y luego recomencé.

Se dificultaba porque desde los catorce años empecé a trabajar en albañilería y pintura y yo tenía mis ambiciones, quería tener para mis cositas. Desde siempre había soñado con tener mi propia casa antes de casarme. No quería que nadie me dijera “esto no lo podés hacer acá porque esta no es tu casa”. Siempre tuve los objetivos claros y supe lo que quería... Este tipo de cosas me las enseñó en gran parte mi viejo.

Ahora estamos organizando los noventa años de mi abuela Antonia, le vamos a hacer una fiesta sorpresa, van a estar los bisnietos, todos los familiares, somos como 120 personas... Yo la amo y ella tiene adoración conmigo. Es tan coqueta y pasé tantos momentos lindos con ella, cada vez que puedo me voy a tomar mate a su casa.

Mi abuelo falleció pero tengo muchos recuerdos suyos. Era mi padrino y se llamaba Balbino. El era gallego y me acuerdo que le encantaba comer castañas. Gracias a él soy hincha de Gimnasia, y uno de los recuerdos que más grabado tengo es cuando me compraba la revista Anteoquito y cuando me la traía de regalo... Yo le hacía toda una fiesta.

Antes de entrar en la Policía de la Provincia de Buenos Aires, Raúl supo lo que eran otros trabajos. Conocer a la mujer que luego se transformó en esposa y la llegada de su primer hijo aceleró los tiempos... “No era lo que más me gustaba, pero lo asumí con mucha responsabilidad, como me enseñaron a hacer las cosas mis viejos”, recuerda hoy, a la distancia.

Laburé mucho tiempo en pintura de altura. En ese trabajo se gana bien, y si sabés hacerlo, mejor. Por más que tiene sus riesgos, obvio... Haciéndolo ganaba tres veces más de lo que sacaba mi viejo en Astilleros.

A los 18 me tocó la colimba en la Séptima Brigada Aérea de Morón. Fue una experiencia linda, que volvería a vivir. Me hice amigos, y soy de la idea de que cuando los amigos se hacen en las malas, son realmente buenos. Hace poco me volví a encontrar con uno de ellos, vino a visitarme. Es policía y en esa época, igual que yo, decía que no iba a entrar.

Fue a fines de 1988 cuando conocí a mi actual mujer. Por su primo, que era mi mejor amigo y al final se terminó casando con mi hermana. Por él conocí a Dolly... Estuvimos dos años y medio de novios y formábamos parte de un grupo grande de amigos, en Ensenada. Eramos una barra, salíamos, tomábamos cerveza, comíamos pizza, bailábamos. Pero todos teníamos metas y éramos ambiciosos, y para todos el trabajo era fundamental.

Nuestras novias nos tenían cortitos, vivían cerca y se reunían siempre en la casa de alguna de ellas. Nos vigilaban y era difícil escaparse.

A los 21 años me casé. Antes me fui de vacaciones con ella a Misiones, donde viven los padres y luego nos cruzamos al Paraguay y nos casamos allá. Volvimos y cuando ya estaba por nacer mi primer hijo decidí hacer los papeles para entrar en Policía. Los hice en la comisaría primera de Ensenada. Ahí estuve dos meses como aspirante y conocí a un suboficial que me enseñó mucho. Me acuerdo que me decía “aprendé a cuidarte, aprendé la legislación policial”. De ahí me fui a la Escuela Dantas, donde estuve en la guardia: 12 horas apostado subiendo y bajando barreras.

Para ganarme un mango extra hice adicionales en un barrio con otro muchacho. Hacíamos custodia a gente que iba a cobrar. Era un ambiente lindo, un ambiente de confianza. Para el civil, el policía que se la juega por él vale mucho... Custodiábamos barrios de noche, para Navidad o Semana Santa.

Después en la Escuela tuve un altercado con un principal y me fui a Rafael Calzada. Ahí tuve una experiencia muy buena. Había un comisario de apellido García con el que estuve casi hasta 1997. El comía con nosotros, si necesitabas plata te la daba, y si no cobrabas te tiraba unos mangos...

Mientras estuvo a cargo no hubo ningún problema. Ni denuncias, ni torturas, ni nada... Era un tipo que se relacionaba muy bien políticamente y que además tenía buen trato con la comunidad.

Si García nos decía que nos quedáramos cinco horas más, lo hacíamos porque era un ida y vuelta. El tipo nos respondía, y nosotros le respondíamos a él.

De golpe intervinieron la comisaría de Don Orione y hubo que renovar el plantel. Así que me tocó a mí... Me quisieron rescatar pero no pudieron, me tocó irme.

Raúl no sabía que luego de una experiencia tan linda como la que había vivido en la comisaría de Rafael Calzada su destino le tenía preparado una mala jugada...

Tengo muy fuerte el recuerdo del enfrentamiento. Fue un 25 de octubre, y faltaban apenas dos días para que me fuera de vacaciones... Aunque prestaba servicios en Don Orione, a la noche cumplía adicionales en el cementerio de Rafael Calzada. La rutina era recorrer el predio, por adentro y por afuera.

Habíamos dado la vuelta a la parte externa del cementerio y estábamos a punto de bajar del auto para ingresar al lugar. Eran las 21.30 y estaba muy oscuro. Nosotros estábamos de civil, en el Polo de mi compañero y no los vimos llegar... Vinieron de atrás, en un Ford Taunus, y eran cinco tipos.

Cuando Díaz, mi compañero, quiso abrir la puerta del auto ya tenía la escopeta de uno de los delincuentes adentro del vehículo

Al darme cuenta de que se trataba de un asalto, lo primero que pensé fue en el auto: estaba lleno de cosas de policía y pensé "si nos bajamos y se dan cuenta, nos acribillan". Justo la semana anterior habían matado a un muchacho en el velatorio de la madre. Entraron a robar y lo mataron así, rapidísimo. Apenas le vieron la credencial le tiraron..

Creo que ellos se dieron cuenta que éramos policías. En el Polo teníamos la gorra, las esposas, todo. Pero igualmente, así no hubieran visto nada... Si sos policía, los mandras se dan cuenta enseguida.

Empezamos a forcejear con la escopeta del delincuente y yo enseguida saqué mi arma, que la tenía en la cintura, y le pegué cinco tiros. Le disparé de muy cerca, y él también me disparó con la escopeta ...

Me preocupé porque Díaz había perdido la vista de un ojo e imaginé que era producto de mis disparos. Pero no, era el resultado de una perdigonada de la escopeta calibre 16 que tenía el delincuente. Luego de que yo le disparara, mi compañero bajó del auto y el tipo siguió tirando... Díaz intentó atajarse de las balas y al poner sus manos de escudo fue herido en el ojo y en los dedos.

Yo también estaba herido y de pronto sentí como que me tocaban del costado izquierdo. Era otro delincuente que había roto la ventana de atrás del conductor y me estaba tirando con un 38... Cuando lo vi al vago le disparé, cinco tiros percutí, aunque no salieron las balas.

No sé qué pasó, la pistola no se trabó, solo que las balas no salieron... El pibe seguramente habrá pensando "nacé de vuelta", como también pienso yo.

Díaz se dirigió a un comercio para llamar a la comisaría, al tiempo que Raúl Oscar Rodríguez se desesperó porque no lo encontraba y sospechaba lo peor: que estuviera muerto.

Gritó, lo llamó varias veces, sin recibir ninguna contestación. Hasta que por el lugar pasó un micro que terminó sacándolo de ese infierno.

La gente del micro no entendía nada. Todos los que iban a bordo se pusieron muy mal, tanto que al principio no me querían dejar subir. Les expliqué que era policía, que había tenido un enfrentamiento con delincuentes, y le supliqué al chofer que por favor me llevara al Oñativa, porque estaba herido, muy mal.

Los pasajeros se calmaron y yo me tiré al piso y comencé a revisarme. Cuando levanté la remera vi la herida de escopeta... Tenía todas las tripas afuera. Como tengo algunos conocimientos de primeros auxilios, porque mi hermana es enfermera y mi tía doctora, atiné a revisarme la boca, porque me sentía muy fatigado. Por suerte no sangraba.

También pensaba que si tenía alguna hemorragia interna, cuanto más rápido respirara, más rápido también iba a fluir la sangre. Entonces me traté de tranquilizar, comencé a respirar lento y profundo. Estaba consciente de lo que me estaba pasando y recuerdo que durante el viaje fui apretando muy fuerte un crucifijo con mi mano. Justo un mes antes había participado de una acampada...

El micro tardó como diez minutos para llegar al hospital. Antes, el chofer pasó por la Línea para avisar que desviaba su recorrido. En ese tiempo el policía se puso en manos de Dios, y está convencido que su fe terminó siendo determinante para sortear esa encrucijada en que lo puso la vida.

Primero pensé en mi mujer y en mis hijos y después me dije a mí mismo: “Si hay un Dios me tengo que salvar”. Y repetía: “si hay un infierno, no quiero ir ahí, quiero ir arriba”. Comencé a rezar y eso me ayudó muchísimo a relajarme. En la religión católica hay como un dicho que dice que si una persona está pasando por las peores condiciones, pero aún así, se preocupa por otro, esa persona tiene que salvarse.

Me tranquilicé un poco, porque siempre me preocupé por los demás, por mis compañeros, si necesitaban un mango nunca tuve drama en ayudarlos, y por eso pensaba que Dios me iba a ayudar y me iba a salvar.

En el hospital la lucha por su vida fue durísima, al punto que debió soportar una intervención quirúrgica de casi siete horas en la cual dos veces estuvo al borde de la muerte.

Cuando llegué al Oñativa me tiré en la camilla y me fueron desnudando, y al darme cuenta que me iban a entubar le pedí al médico: “flaco dormime”. En realidad sabía en qué condiciones estaba y pensaba: “si me tengo que morir no quiero sufrir”. El me contestó que yo estaba loco, que no me iba a morir. Solamente atiné a decirle que había otro compañero mío en el lugar y otro tipo herido. En esos momentos sentí que comentaban en el pasillo que había llegado una ambulancia con Díaz. Eso me tranquilizó... Después me enteré que él estaba bien, resultó herido pero no fueron lesiones muy graves.

De pronto vino una doctora, porque iban a operarme, y me dijo: “¡qué lindo regalito me trajiste!” ¿No me vas a decir que es tu cumpleaños?”, le pregunté. Y me contestó que sí. Entonces le agregué: “tu mejor regalo va a ser salvarme la vida”.

A los enfermeros que estaban ahí, antes de entrar a la sala de operaciones, les rogué encarecidamente que me cuidaran mi crucifijo. Me había quedado la marca en la mano de lo fuerte que lo había estado apretando... Casi me voy dos veces en el quirófano porque no me encontraban de dónde provenían las pérdidas de sangre.

La herida de escopeta fue en la tetilla izquierda, justo en la primera costilla flotante, y el otro proyectil ingresó en la zona del esternón y salió por la tetilla derecha. Me sacaron un riñón, me

suturaron una parte de la pleura, me sacaron parte del intestino, perdí el bazo y parte del páncreas.

Me dijeron que lo que me salvó fue que estaba en ayunas, porque sólo había tomado unos mates y un yoghurt ya que tenía úlcera y me estaba cuidando. Justamente me quería sacar las vacaciones para tratarme por eso.

Cuando me desperté no vi nada. Claro, me habían puesto unas cremas en los ojos y no los podía abrir. Además sentía el ruido del pulmотор. Ahí me di cuenta que estaba entubado...

Escuché una voz que me dijo “quedate tranquilo, y si escuchás, apretame la mano”. Luego me dijeron que estaba mi señora, y que me iban a volver a dormir para desentubarme.

Toda su familia se hizo presente en el hospital. Raúl estaba grave y disponía de tiempo suficiente como para pensar en su futuro personal y el de su familia. Cuando recuerda la charla que mantuvo con su padre, sus ojos se llenan de lágrimas.

Cuando entró mi viejo, yo le dije que sabía en las condiciones que estaba, que era consiente de que estaba muy mal y que lo único que quería era que cuidara a los pibes. Ya había estado pensando en eso, y luego de hablarlo con él pensé que “estaba todo bien”. Después entró mi mujer y mi cuñada, que lloraba todo el tiempo.

La situación en el hospital no ayudaba. Un día me peleé con una enfermera: estaba entubado, tenía ano contranatura y no me podía levantar, y llamaba a una enfermera que nunca llegaba. Le dije a mis familiares que me sacaran de ahí, y entonces me llevaron al Instituto Médico Platense. Yo caminaba lo más bien, pero luego la situación se complicó porque surgió una infección y estuve un mes y medio internado.

Tengo perdigones en todo el cuerpo. El proyectil de la 38 me lo sacaron, pero los perdigones no. Y me ocasiona dolores muy fuertes. A veces no me puedo mover.

A la curación de las heridas físicas debió sumarle la realidad de tener que hacerle frente a otro tipo de heridas, las del alma, porque en esas circunstancias surgieron sentimientos hasta ahora desconocidos por él como el odio, la sed de venganza, la ira...

Llegó diciembre y la época de las Fiestas, y en mi casa hicimos una reunión con toda mi familia. También vinieron los vecinos, porque a mí me aprecian mucho en el barrio, y a mis hijos también. Siempre fue así, yo les enseñé a los chicos a ser muy educados, a saludar a la gente en todos los lugares donde iban y en el barrio eso es muy valorado. Cuando se refieren a ellos con cariño yo me lleno de orgullo, porque yo los eduqué para que sean así.

Luego me fui a Misiones y Paraguay. Estaba cansado porque me amenazaban por teléfono, y por aquellos lados anduve casi un mes y medio.

Siempre me ayudó Dios, en todo. Cuando tuve el accidente vivía muy pendiente de mi alrededor y no quería salir con los chicos. Salía solo, quería estar todo el tiempo solo

Los tipos que nos asaltaron eran de Monte Chingolo. Yo sólo vi a dos, pero mi compañero vio a los otros tres. Sin embargo no los pudo identificar, apenas confirmar que iban en un Ford Taunus.

Hoy puedo decir que no tengo ningún resentimiento (...).

Al principio cuando estaba internado lo que me hacía soportar todo lo que estaba pasando eran las ganas de recuperarme para salir a buscarlos... Resultaba así de fuerte el odio y la sed de venganza. Eso era lo que me sostenía para seguir viviendo. Pensaba “me arruinaron, me cagaron la vida”. Estaba loco.

Como será que un día todos estaban rezando a mi alrededor, y yo de tan ciego ni al cura quería ver. Me hablaba y me hablaba y yo ni lo escuchaba... Insistía con que yo era un tipo bueno, trabajador, que jamás había tenido ni un día de arresto... Y entonces no me entraba en la cabeza

¿por qué me había pasado todo esto? Hasta que un día, después de hablar con mi tía, empecé a ver las cosas de otro modo, más claras.

Tengo un versito que siempre repito: “Dios es mi pastor y nada me ha de faltar”. Ese pensamiento es como una guía en mi vida. Siempre que alguien me rechaza o me cierra una puerta, voy a otra y si me dicen que no, sigo buscando y golpeo en otra más. Supongo que en alguna alguien me va a atender.

Soy muy perseverante y creo que Dios me da todo lo que necesito. No me sobra ni me falta nada, y si me falta algo tengo donde recurrir. Mi ilusión es llegar a conocer Israel porque es el lugar donde estuvo Cristo

Rehacer su vida no resultó algo simple, y basándose en su propia historia entiende que resulta primordial que se agilicen los trámites para con los policías que pasaron por hechos similares al suyo. *“A mi me da pudor tener que ir al Ministerio para reclamar lo que me corresponde, pero por otro lado son mis derechos y me enseñaron a luchar por ellos”, resalta.*

Me costó mucho jubilarme porque la incapacidad que me daban era de un 50 por ciento y yo necesitaba un 70 por ciento para poder retirarme como corresponde. Como no salían los papeles y había funcionarios que no me atendían, decidí encadenarme al mástil del Monumento a los Caídos que está frente al Ministerio de Seguridad. Hasta que finalmente me atendieron y poco después me jubilaron. Lo mismo me pasó con las horas CoRes, tema que se solucionó con otros reclamos del mismo estilo y haciendo la carpa frente al Ministerio... Para solucionar el tema de los heridos se necesita buena voluntad, pero... Sin embargo se le dan más prioridades a otras cosas...

Hemos logrado avanzar bastante en base a sacrificio, luchando, viendo a distintas personas. Por ejemplo a mi mujer le dieron trabajo en la Guardería de Policía. Y fue la primera esposa de un herido que entró a trabajar. Eso nos ayudó mucho.

Hay que entender que hoy estás de un lado pero mañana podés estar del otro. Nuestro lado es muy difícil, hay que tener decisión como el comisario inspector Gadano, que hizo muchas cosas, o como el presidente de la Caja de Retiros, Quinteros, quien me ayudó muchísimo, se interesó por mis cosas y valora al herido como persona.

La misma Policía de Almirante Brown, Lomas de Zamora o Quilmes es otra Policía. Todos se ayudan porque todos dependen de todos, son más unidos. Por ejemplo cuando estuve internado venía un compañero mío a hacerme de custodia y se quedaba todas las noches. Allá un comisario, subcomisario, oficial, suboficial mayor, son todos iguales porque corren la misma suerte.

Su experiencia le permitió observar a la Policía desde otro ángulo. Sueña con otra Policía, considera indispensables algunos cambios... Con vehemencia aporta ideas para lo que entiende mejoraría a la Institución en algunos planos.

Antes que ser policía soy hombre, no me escudo en el uniforme. Tengo fe en que algún día todo va a estar mejor. No sé si será hoy, mañana o pasado, pero imagino que las cosas van a ir mejor. Hace falta que la gente trabaje con ganas y a conciencia. Esto debería comenzar en la misma Escuela de Oficiales y en la de Suboficiales. Sería importante que allí se hablen temas como éste, que se sepa que cuando salen a la calle o dentro de las comisarías el tema no pasa solamente por obedecer órdenes.

Se hace indispensable tener en cuenta al hombre, a la persona que está dentro del uniforme. Es un ser humano que habla, que piensa, que tiene familia y tiene derechos. Creo que hay muchas cosas que deberían cambiar en la Policía. Tendrían que darle lugar a la gente joven, habría que procurar que nosotros estemos bien para así poder brindar un mejor servicio a la sociedad.

Por ejemplo, la situación de nosotros, de los heridos. Pienso que si se trabajara 15 minutos o media hora por día en nuestro tema, se solucionarían tantas cosas... En lo personal tuve mucho resentimiento, pero eso cambió y hoy me encuentro ayudando a otros heridos para que no pasen lo

mismo que pasamos nosotros y tengan lo que les corresponda. Pienso que hay un mañana con cambios que sé que se van a dar, se tienen que dar...

Su presente está lleno de esperanza. A los 33 años, Raúl siente que en su mujer y sus hijos está la clave para que su futuro sea pleno. Apuesta a eso, porque al fin y al cabo a lo que apuesta es a la vida.

Ya no puedo hacer muchas cosas. No puedo jugar al fútbol, no pudo agitarme... A la noche, para dormir, me tengo que abrazar todo el tiempo a una almohada. Pero he logrado superar ciertas cosas, no estoy tan sobresaltado ni a la defensiva como antes. Trato de disfrutar a mi familia, de estar todo el tiempo que puedo con ella. Todo lo que antes me preocupaba lo dejé en manos del que está allá arriba. Si me tiene que pasar algo, que me pase.

Lo único que me importa es estar con los chicos, que son en definitiva los que más han sufrido. A ellos les enseñé las cosas que me enseñó papá y las que aprendí por mi propia experiencia: luchar, defender lo propio, pelear por los derechos.

